

Oligarquía franquista y caos económico

La crisis económica exterior que se ha venido acentuando en estos últimos años hasta desembocar, en el año 1973, en una manifiesta tendencia depresiva de las economías de la mayoría de los países capitalistas altamente industrializados, y la inepticia en el aprovechamiento de los recursos financieros externos, obtenidos de la prosperidad europea, son factores principales en la actual situación de caos económico del Estado español.

El freno de la reaccionaria oligarquía franquista a las reformas de nuestra estructura económica es, y sigue siendo, la causa principal del anárquico y corrupto proceso económico español.

Es la inflación, con todas sus consecuencias regresivas, el método normal utilizado, en nuestro país, por las empresas privadas para financiarse, al ser insuficientes los beneficios propios y los créditos que la Banca les suministra. La inflación alegre y confiada es el hilo conductor del proceso de producción franquista. Los más importantes factores inflacionistas de nuestra economía han sido siempre los mismos:

— El escaso grado de capacidad en la autofinanciación de las empresas privadas, y, como resultado, una fuerte dependencia del sistema financiero. La Banca privada española ha dirigido el crecimiento económico del país a su antojo, canalizando el ahorro hacia las inversiones que mayores rendimientos económicos y políticos podían suministrar a sus más conspicuos consejeros, sin tener para nada en cuenta la racionalidad de la marcha general del proceso económico.

— La especulación del suelo y la especulación bursátil han sido aprovechadas al máximo por la oligarquía franquista, al tener "patente de corso" otorgada por el Régimen del dictador.

— La economía concertada, concedida por la Administración Pública a los sectores más retrógrados de la empresa privada, ha supuesto un despilfarro enorme de recursos financieros internos y externos. Las ayudas del Estado se canalizaron, estos años, hacia las empresas más anticuadas y menos rentables "per se", pero siempre en manos de los mismos oligarcas.

— El sistema fiscal fue insuficiente y regresivo, así como los déficit presupuestarios crecientes.

— La anarquía ha sido una constante en la estructura de los intermediarios comerciales del sistema de distribución franquista.

— La fuerte concentración mono-

polista, en los sectores más estrechamente vinculados a la gran Banca nacional y a las multinacionales, ha sido un factor principal para la elevación general de los precios.

Para definir mejor la marcha del proceso económico del Estado español, en estos últimos años, es preciso explicitar dos fenómenos que le son característicos:

El sistema de dependencia externa. Ya hemos señalado antes la inepticia de la oligarquía franquista y sus gobiernos, al no querer modificar la vetusta estructura económica del país, contando con cuantiosos recursos financieros provenientes de la gran prosperidad de Europa. Es ya bien conocido lo que supuso para nuestra economía, en los años sesenta, la entrada de capitales a largo plazo, los cuantiosos ingresos por turismo, las grandes cifras de entradas por remesas de emigrantes, y las fuertes cantidades recibidas de capitales a corto plazo. Con unas reservas de oro y divisas cuantiosas en estos años y sin transformar nuestra estructura productiva, lo único que se hizo fue importar bienes de equipo y asistencia técnica exterior, sin preocuparse de la complicada dependencia que podría originarse, en el momento que los referidos ingresos externos comenzaran a reducirse o desaparecer.

La desigual distribución de la renta. La desigual distribución de la renta en el Estado español es bastante más acusada a la de la mayoría de los países capitalistas del área europea, sobre todo si tenemos en cuenta que la remuneración del asalariado en nuestro país es menor que la reflejada por las estadísticas oficiales. A la cifra de salario hay que restarle lo abonado, por el trabajador, a la Seguridad Social y lo que paga de impuesto de rendimiento del trabajo personal. El salario, así calculado, es cada vez menor, comparado con las cantidades que abona el trabajador a la Seguridad Social y a la Hacienda. El salario real sigue una tendencia decreciente, cada vez más intensa.

El fracaso, hasta ahora, de la política económica de los sucesivos gobiernos franquistas y posfranquistas es manifiesto. Las tensiones inflacionistas, que repercuten en el coste de la vida, se agudizan. La carga de la inflación, con el continuo déficit de la balanza por cuenta corriente, la siguen soportando casi exclusivamente las clases trabajadoras. El estancamiento económico hace aumentar el paro y no se proponen sino medidas inú-

tiles, hasta llegar incluso últimamente a permitir el despido libre, sin la previa legalización de los verdaderos y auténticos sindicatos de los trabajadores. La pirámide siempre creciente de la deuda pública —más de 80.000 millones de pesetas—, y el continuo deterioro de nuestro comercio exterior —con una mengua progresiva del poder adquisitivo de la peseta—, pueden conducirnos a corto plazo a graves perturbaciones económicas y sociales.

El esquema de la crisis actual podríamos plantearlo de la siguiente forma:

Crisis, producto del sector externo:

— Disminución de la inversión extranjera.

— Disminución de la entrada de remesas de emigrantes en más de un 13 por 100.

— Disminución de los ingresos por turismo en más de un 15 por 100.

— Incremento del déficit comercial, como consecuencia del aumento de los precios de las materias primas y productos energéticos en más de 800 millones de dólares.

Resultado: Déficit de la balanza por cuenta corriente de cerca de 4.300 millones de dólares.

La financiación de este déficit creciente se viene realizando a través del endeudamiento con el exterior —créditos concedidos por entidades y grupos financieros internacionales, que asciende ya a más de 13.000 millones de dólares— y con la disminución del volumen de reservas de oro y divisas en más de 800 millones de dólares. La caída del Estado español en la insolvencia financiera externa es un riesgo que puede ser muy grave.

Crisis, producto de la estructura interna:

— Índice de inversión con un retroceso superior al 10 por 100.

— Inflación, calculada en más del 20 por 100.

— Estancamiento y, en ciertos casos, regresión del proceso económico. La capacidad productiva industrial está, en estos momentos, por debajo del 70 por 100 de utilización.

— Paro, con una cifra oficial muy cercana a los 800.000, que supone un aumento respecto al año 1975, nada menos que del 54 por 100.

Resultado: Recesión económica, con una estimación optimista para finales del año 1976 de un 2,1 por ciento de crecimiento. Si a dicha cifra le restamos el aumento de la población, el crecimiento sería negativo.

Como consecuencia de todo

ello, disminución de la demanda —descenso del consumo—, disminución de los beneficios del capital invertido y, de nuevo, el círculo vicioso de la disminución del ritmo de actividad económica, con más paro y siempre los trabajadores a cargar con el fardo que le dejan los oligarcas desaprensivos.

Ambas crisis, producto del exterior y el interior, están íntimamente relacionadas, pero es necesario dejar bien claro que la crisis interna, derivada de una estructura económica anacrónica, es la que produce los principales fenómenos negativos de la actual situación de caos económico.

El freno en el dinamismo del proceso económico y el alza generalizada de los precios pueden debilitar la capacidad adquisitiva —por paro y aumento del coste de la vida— de las clases trabajadoras en proporciones drásticas. El momento es delicado para el conjunto del Estado español, ya que las fuerzas reaccionarias oligárquicas parecen no querer ceder, por ahora, parte de sus privilegios.

Es fundamental que la oposición democrática esté en contra de las aspiraciones de la oligarquía financiera franquista. La adopción de una postura menos estricta llevaría inevitablemente a la progresiva integración en el sistema neofranquista, lo cual significaría la renuncia a una sociedad democrática.

El caos económico, en nuestro país puede ser la coartada de la derecha cavernícola para intentar, como en 1936, dar al traste con las aspiraciones democráticas de todos los pueblos del Estado español. Es cierto que nuestra situación económica es mala y puede ser todavía peor, pero la culpa no la tienen los "extranjeros", los "liberales", ni los "comunistas"; los únicos culpables son los de siempre: la vieja oligarquía reaccionaria. Es importante dejar claro, para siempre, quiénes son los verdaderos culpables de la marcha económica y social de nuestro país, de tal suerte que no se lancen más cortinas de humo lingüísticas para enmascarar las funestas acciones de los grandes grupos financieros españoles. Ellos hacen y deshacen y lo seguirán haciendo siempre, mientras se les deje libertad para hacerlo. Si de nuevo estas fuerzas siniestras tratan de llevar a España a la catástrofe, es preciso que alguien, el Gobierno, la oposición democrática, el pueblo o todos juntos tomen las medidas oportunas para que aquello no vuelva a suceder. La responsabilidad de todos es grande. ■ PABLO CANTO.